



Jornades de Foment de la Investigació

HUMANISTAS PEDAGOGOS. ¿UNA UTOPIÍA?

Autor

Eric GRÁS.

Humanistas pedagogos. ¿Una utopía?

Siendo como es, la transmisión de conocimientos, un objetivo principal dentro de las humanidades, no parece que la idea de *Humanistas pedagogos* sea tan descabellada. Los procesos de enseñanza, pueden o no, dirimirse en una concentración de conceptos y terminologías incomprensibles, si previamente no se ha desarrollado una técnica para su estudio y aprendizaje. La temática de la educación siempre ha sido – o por lo menos, eso es lo que parece – valiosa para su reflexión, siendo ésta metódica, concienzuda y crítica consigo misma.

Las dudas en torno al cómo enseñar, cómo aprender a enseñar, cómo aprender a aprender, etcétera, provocan turbulencias considerables a la hora de intentar comenzar con una pedagogía clara y determinada. Uno siempre se cree capaz de poder enseñar, hasta que la cruda realidad le devuelve el “sin” sentido. La existencia de tan variados discursos pedagógicos pueden distorsionar – de hecho lo hacen – el punto de partida. Es por ello, que creo en la posibilidad de un *humanismo pedagógico* (al que intentaré dar forma más adelante) para concretar una forma de estudio a la enseñanza.

Este humanismo pedagógico que propongo, va dirigido – en principio – al ámbito universitario, pudiendo reformularse para tratar otros núcleos del sistema educativo. ¿Por qué la universidad? Pues, porque es en la universidad dónde surge, fundamentalmente, la investigación como fórmula para la acumulación de nuevos saberes y, por lo tanto, de algo que es transmisible de generación en generación. Ello nos conducirá a nuevos planteamientos y exámenes de las problemáticas existentes en nuestra sociedad, de los que podremos sacar conclusiones y soluciones alternativas a partir de las decisiones tomadas por nuestros políticos, economistas, historiadores, filósofos, etcétera. La investigación como búsqueda de conocimiento; conocimiento como base para poder criticar; criticar para poder tomar parte en la política de nuestra región, país, continente, mundo. Desde la investigación educativa reciente se ha destacado el importante papel que la tradición escolar tiene sobre los docentes. Por tradición escolar entendemos el conjunto de ideas, valores, suposiciones, reglamentaciones y rutinas prácticas, de carácter expreso o tácito, que orientan la práctica profesional de los docentes y que, si no están suficientemente cuestionadas y repensadas desde una didáctica más crítica, se inspiran básicamente en los hábitos tradicionalmente imperantes, hecho que provoca un estancamiento.

Es por ello que, la enseñanza universitaria debe adoptar otro papel añadido al de mero “transmisor” de conocimiento. Este nuevo papel debe ser el de “creador” de conocimiento. Para ello, una de las figuras – de las dos principales que existen – de esta enseñanza como es la del profesor/educador, adquiere una relevancia importantísima. He aquí el primer escollo en nuestro camino. ¿Existe un modelo de profesor/educador ideal? Por supuesto, no. Como bien he dicho antes, existen múltiples discursos pedagógicos y, por consiguiente, diversos modelos de profesorado. Pero, como también he dicho antes, mi proposición es la creación de un *humanista pedagogo*.

Quizás peque de insensatez, pero la figura del *humanista pedagogo* se inspira – aproximadamente – en doctrinas tan diversas como la antigüedad clásica griega, el republicanismo romano, el confucionismo, el

renacimiento, etcétera. El educador debe ser el que desarrolle las virtudes innatas y quien debe combatir las aspiraciones demasiado materiales de los educandos (que conforman la segunda figura de la enseñanza). La educación debe ser mucho más que instrucción, debe ser la formación de todo el ser, pues *ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma*. Y digo esto, porque cada vez son menos los valores que se adquieren y, como resultado, son mayores los casos de intolerancia, poco respeto y juicio, etcétera, que se divisan en nuestras sociedades. ¿Y todo esto por qué? Sinceramente, no lo sé, aunque un factor clave es el de la (mala) educación escolar y familiar que reciben los más pequeños, arrastrando así esas “malas maneras” hasta la universidad.

Sócrates decía que la mejor manera de aprender era reconocer la propia ignorancia, sin embargo, este reconocimiento – que se hace uno mismo –, se ha visto mermado y transformado por una “imposición de la ignorancia”. Por desgracia, la confusión “educar-humillar” se está apoderando de algunas formas de la enseñanza. Se pretende crear una sociedad que excluye y en la que está presente la humillación, como algo ya existente en la forma de ser del ser humano. Para poder entender esto, deberíamos preguntarnos qué intensidad tiene la humillación en la sociedad del siglo XXI.

Varios pedagogos reconocidos han estudiado este hecho “humillante”. Le han querido dar una racionalidad pedagógica para poder explicarlo y se han encontrado con varias formas de humillación. Para el *humanista pedagogo*, todas y cada una de ellas le servirán de informes detallados para formarse su propia opinión y, así, poder crear un sistema de enseñanza adecuado. Se dice que los seres humanos somos animales racionales, morales, capaces de lo mejor y de lo peor. En este caso, algunos de esos seres, sufren una extraña “ceguera moral” que les impide actuar con determinación y correctamente. Estos seres “desalmados” ejercen la irrelevancia, construyen estereotipos, pecan de soberbia y egoísmo (Fernando González Placer¹ hablará de “yoyoísmo”), y también ven a la educación como una empresa. Craso error. No podemos permitirnos crear un “tú no cuentas”. En este mundo cada vez más globalizado, las relaciones que tenemos con los demás conforman nuestras formas de vida. Es por ello, que la igualdad ha de ser el punto de partida (aunque esto sí suene a utópico).

El *humanista pedagogo* pretende obligar a desplegar la humanidad e inteligencia de cada educando. Jorge Larrosa² explica:

“Se trata también de la educación, de la igualdad y la desigualdad en educación, del juego pedagógico de lo alto y lo bajo, lo grande y lo pequeño, lo avanzado y lo retrasado. Se trata “de una cuestión de filosofía: se trata de saber si el acto mismo de recibir la palabra del maestro -la palabra del otro- es un testimonio de igualdad o de desigualdad”³. Y de una cuestión de política: “se trata de saber si un sistema de enseñanza

¹ Fernando González Placer es profesor del Departamento de Teoría Sociológica, Filosofía del Derecho y Método de la Universitat de Barcelona

² Jorge Larrosa es profesor del Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universitat de Barcelona

³ Rancière, J. “Prefacio a la edición española” de *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Barcelona. Laertes 2003. pág. IV.

Humanistas pedagogos. ¿Una utopía?

*tiene como presupuesto una desigualdad a reducir o una igualdad a verificar*⁴.

Se trata del orden pedagógico como un orden edificado en la construcción social de la desigualdad. Se trata del fariseísmo que atraviesa a la pedagogía.”

Si nos adentramos en la etimología de la palabra *Educación*, observamos que habitualmente, son dos los orígenes que se le atribuyen. Según el primero, ésta proviene del verbo latino “*educare*”, cuyo significado es *criar, nutrir, alimentar*. Según el segundo, el término tendría su origen en el latino “*educere*”, que significa *sacar, llevar, conducir* desde... hacia o, también desde dentro hacia fuera.

Por tanto, tenemos dos posturas:

- a) Educador enriquece al educando, el cual se encontraría en una situación predominantemente receptiva.
- b) La educación sería la estimulación de algo que el educando posee de antemano, como consustancial a su naturaleza.

La primera postura sería la tradicional, la que ha marcado siempre los discursos pedagógicos de la historia de la educación. La segunda, por el contrario, es propia de la aventura intelectual de un personaje poco convencional: Joseph Jacotot. Un revolucionario exiliado y lector de literatura francesa en la Universidad de Lovaina en 1818.

Descubrí la figura de Jacotot gracias a la lectura de *El Maestro ignorante*, de Jacques Rancière. La obra nos facilita la explicación del discurso pedagógico de Jacotot, esto es, la necesidad de invertir la lógica del sistema explicador.

“(...) La explicación no es necesaria para remediar la incapacidad de comprensión. El explicador es el que necesita del incapaz y no al revés, es él el que constituye al incapaz como tal. (...) Explicar alguna cosa a alguien, es primero demostrarle que no puede comprenderla por sí mismo. Antes de ser el acto del pedagogo, la explicación es el mito de la pedagogía, la parábola de un mundo dividido en espíritus sabios y espíritus ignorantes, espíritus maduros e inmaduros, capaces e incapaces, inteligentes y estúpidos”.

Podemos estar de acuerdo o no con las premisas un tanto “chocantes” del propio Jacotot. Ciertamente, que siempre se ha tendido hacia la división y distanciamiento entre educador y educando. La figura del *Humanista pedagogo* intentaría que tal distanciamiento fuera nulo, al pretender ser creador de conocimiento y no un simple transmisor. Uno de los conceptos introducidos por Jacotot nos es imprescindible para entender mejor nuestra propuesta, y es el de: *emancipación intelectual*. ¿Se puede enseñar lo que se ignora si se emancipa al alumno, es decir, si se le obliga a usar su propia inteligencia? No existe ser humano que no haya aprendido

⁴ Idem

alguna cosa por sí mismo y sin maestro explicador. Por tanto, podemos deducir que es posible formar conocimiento sin explicación previa, simplemente instando al educando a que reaccione por sí mismo, a que utilice su inteligencia innata. Jacques Rancière, nos comenta en *El maestro ignorante*, que a la inteligencia que dormita en cada uno, bastaría decirle: “*Age quod agis*”, atiende a lo que estás haciendo, “aprende el hecho, imítalo, conócete a ti mismo, éste es el camino de la naturaleza”.

La educación se identifica con la Ilustración dieciochesca. Esa Ilustración que Kant definió como: “*la liberación del hombre de su culpable incapacidad*”. Incapacidad por no servirse de su propia inteligencia para no depender de otro. Culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia, sino de valor y decisión de servirse de ella. Esto es, la *Emancipación* (la misma que Jacotot propone). Kant dirá: “*es libre aquél que se atreva a saber*”. La clave para alcanzar la libertad es el conocimiento, la razón; por eso, aunque la figura de Jacotot nos resulte un tanto divertida y transgresora, no podemos aprobar todo aquello cuanto diga o haga. Para horror de muchos pedagogos, decir que: no hace falta saber para enseñar, resulta peligroso e incomprensible (hasta cierto punto).

Así pues, necesitamos de otro referente que contraponga lo visto en Jacotot, para determinar la posición de nuestro *humanista pedagogo*.

Ese otro referente lo he encontrado en el pensamiento orteguiano. Seguidor como soy de ambos (Jacotot y Ortega), me dispongo a comentar brevemente el pensamiento de Ortega y Gasset con respecto a la educación. ¿Qué entiende Ortega por educación? Pues bien, en una conferencia que pronunció él mismo, en 1910, encontramos la respuesta. He aquí sus palabras:

*“Por la educación obtenemos de un individuo imperfecto a un hombre cuyo pecho resplandece en irradiaciones virtuosas. Nativamente aquel individuo no era bondadoso, ni sabio, ni enérgico: mas antes los ojos de su maestro flotaba la imagen vigorosa de un tipo superior de humana criatura, y, empleando la técnica pedagógica, ha conseguido inyectar este hombre ideal en el aparato nervioso de aquel hombre de carne. ¡Tal es la divina operación educativa, merced a la cual la idea, el verbo, se hace carne!”*⁵

Como se ve, en el concepto de Ortega, aparecen los rasgos más tradicionales:

- Un sujeto imperfecto: ni sabio, ni bondadoso, ni enérgico.
- Un estado ideal de ese sujeto: fin de la educación.
- Una actuación que, mediante la técnica pedagógica, hacer pasar al sujeto del primer al segundo estado.

Para Ortega, el ser humano debe adquirir ciertas virtudes, que no posee a *nativitate*. Es decir, la pedagogía sirve para modificar el carácter integral del ser humano. Nuestro *humanista pedagogo* no pretende modificar el carácter de sus educandos. Pretende despertar su intelecto, ingenio, inquietudes.

⁵ Enseignement Universel. Langue étrangère, 2ª Edición, Paris, 1829, p. 219.

⁶ Ortega y Gasset, J. “La pedagogía social como programa político”, O.C.I, p. 508

Herbert Spencer, en su obra *La Educación: intelectual, moral y física*, incorpora otro rasgo básico para entender mejor nuestro modelo de educador, como es el de criticar el sistema de aprender de memoria. Spencer dirá:

*“(…) Y así con todo. El sistema de aprender de memoria, como todos los sistemas coetáneos, se servía más de las formas y los símbolos que de las cosas simbolizadas. Repetir las palabras correctamente lo era todo; entender el significado, nada; y así, el espíritu se sacrificaba a la letra. Al final se ha visto, en este caso como en otros, que tal resultado no es accidental sino necesario; que en la proporción que se dedica a la atención de los signos se deja de dedicar a las cosas significadas; o como hace mucho tiempo dijo Montaigne: *Savoir par coeur n’est pas savoir.*”⁷*

El entendimiento y la comprensión son piezas fundamentales de nuestro discurso. Heidegger también hizo referencia de este hecho en su *Carta sobre el Humanismo*. Para él, el *humanismo* era: “*meditar y cuidarse de que el hombre sea humano en lugar de no-humano, inhumano, esto es ajeno a su esencia.*”⁸ Eso incluye también la figura del *humanista pedagogo*. El preocuparse de sus educandos de forma individual, analizando los rasgos y características de cada uno de ellos, viendo cómo y de qué manera puede facilitarles el aprendizaje mediante el fomento de su propia inteligencia. Todo ello requerirá de un esfuerzo y un compromiso único entre educador y educando, entre individuos iguales. Recordemos que la igualdad es otro punto clave. Gramsci⁹ escribió que “*tutti gli uomini sono intellettuali*” (todos los hombres son intelectuales), por tanto, no resulta tan descabellada la idea de un educador que no cree distanciamientos.

Decía Aristóteles, que en el término medio se halla la virtud; por esa misma razón, nuestra propuesta de *humanista pedagogo* debe conjugar el discurso pedagógico tradicional con el modelo de *emancipación intelectual*. Adoptaríamos del modelo tradicional ese “enriquecer al educando” pero a través de la estimulación, nunca de la imposición. Ortega y Gasset, aunque lo hayamos mencionado como referente del modelo más clásico de educación, también nos otorga alguna “delicia” que nos sirve para dar forma a este “sujeto educador”: “*Sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender*”. Ortega dice que ese es el deporte y el lujo específico del intelectual. Mirar al mundo con los ojos dilatados por la extrañeza, fomentarla y crear conocimiento mediante la investigación es lo que deseamos. “*Somos aquello que nuestro mundo nos invita a ser*”¹⁰ comenta en *La Rebelión de las Masas*. Pues bien, hagamos de la educación un mundo mejor, sin desigualdades, egoísmos, estereotipos, prejuicios, etc. con la figura del *Humanista pedagogo*. Recordemos que el ideal de la *HUMANITAS*, proviene del término griego, *PAIDEIA*; es decir, Educación.

⁷ Spencer, H., *L’Educació: Intel.lectual, moral i física*, Eumo Editorial y la Diputació de Barcelona, 1989.

⁸ Heidegger, M., *Carta sobre el Humanismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2000.

⁹ Antonio Gramsci (1891-1937) fue un político, pedagogo, filósofo y teórico marxista italiano.

¹⁰ Ortega y Gasset, J., *La Rebelión de las Masas*, Ed. Austral, Madrid, 2005.

BIBLIOGRAFÍA:

- ALCINA FRANCH, J.: *Aprender a investigar*, Compañía Literaria S.L., Madrid 1994.
- DUSSEL, I.: “Jacotot o el desafío de una escuela de iguales” en *Educação e Sociedade* vol.24 no.82 Campinas Abr. 2003.
- HEIDEGGER, M.: *Carta sobre el Humanismo*, Alianza Editorial, 2000.
- LARROSA, J.: “Educación y empequeñecimiento” en *Entre las lenguas. Lenguaje y educación después de Babel*. Barcelona. Laertes 2003.
- ORTEGA Y GASSET, J.: *La Rebelión de las Masas*, Ed. Austral, Madrid, 2005.
- RANCIÈRE, J.: “Prefacio a la edición española” de *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Barcelona. Laertes 2003.
- TABERNERO DEL RÍO, S.: *Filosofía y educación en Ortega y Gasset*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 1993.